

40 AÑOS

***TEXTOS
EN ESTADO DE SITIO***

Ezequiel. M

“Voy a evocar al fin toda aquella locura argentina, todos aquellos seres arrebatados por la violencia”

(La casa de los conejos- Laura Alcoba)

Índice

Encierro_____	3
Golpe_____	6
Soñar es obligatorio_____	7
Asado con hueso_____	8
Frasechas_____	13
Epilogo_____	14

Encierro

El sol aparece en un momento del medio día por una escasa ventana, que está muy cerca del techo. Durante el resto de la jornada casi siempre hay penumbras y luces amarillas que titilan y se esfuerzan por no quemarse. Por eso los lunes y los sábados, si el clima acompaña, nos sacan al patio a tomar fresco. Allí parecemos libres y yo miro el cielo, la tierra o los ventanales de las oficinas del directorio. No quiero ver las rejas, ni los paredones con alambres de púa. Hoy es martes.

No podés salir. Así nomás me lo dijo. Que no, que los documentos no llegaron, que las fronteras estaban muy complicadas. Que por avión imposible. Yo grite e insulté. Muchos ya están afuera del país, que salieron como si nada, que yo no me puedo quedar ni un día más en esta locura. Pero nada sirvió. Por eso te pido a vos que me des una mano, no me quedan más opciones. ¿Podés hacer algo?

Los recuerdos retumban entre estas paredes, rebotan flacos, cada vez más flacos entre los cuartos acolchonados. Al final a Maximiliano le llevó dos días contestarme. Después de años de amistad, dudaba, no se quería meter, no se quería “ensuciar”. Pero al fin tomó la decisión y yo acepté, por desesperación, que es el mejor estado para poder borrar cualquier duda. Maxi viene de vez en cuando, hace su recorrido de rutina, a veces simula una entrevista conmigo. Yo necesito hablar con él, verlo, tener contacto con algo de normalidad, si es que existe tal cosa.

Detrás de estas puertas corre sangre en las calles, los palos y las botas marcan el paso de la ley. Ley es cumplir dicen, hay que obedecer lo que manda la ley, eso dicen. La ley es el contorno de la normalidad, de lo común y correcto. Hoy lo correcto es matar, torturar, hacerte desaparecer. Hoy lo correcto es la censura, siempre es la censura, en distintos grados, hasta que se convierte en locura. Para ser buen ciudadano hay que respetar la ley, como si fuera un mandato natural. Si no, te dan una patada y te meten en la cárcel, o como ahora, que te pegan un tiro. Son más pragmáticos hoy, la ley se los exige. Para escapar de esa ley, hay otras opciones, irse del país por ejemplo, yo no pude así que elegí otra, más barata, más extraña. Más por obligación que por decisión.

Aquí a los internos les dicen locos, porque están fuera de esa normalidad, de lo correcto. Yo estoy acá, técnicamente también soy un interno, pero en realidad formo parte de la normalidad del exterior. En este psiquiátrico no se tortura, no se mata, no te hacen desaparecer, no se permiten esas cosas. Aquí los locos están fuera de la ley. Esa es la opción que yo tuve que tomar.

¿No tenés otra forma, otra posibilidad? ¿Cuánto voy a estar ahí adentro? No sé si vaya a aguantar. Ya sé, no hay otra salida, es esto o mañana me matan. Ya deje mi casa, casi no lleve nada, si van a buscarme quiero que crean que

sigo viviendo ahí, que no escapé. Nadie sabe dónde estoy. ¿Y vos decís que nadie tiene que saber que me interno?, mi tíos, se van a preocupar, ¿qué les digo?

Ya llevo dos semanas en este psiquiátrico, aparentemente nadie sospecha nada. Lo que me da la pauta que les da lo mismo el estado de los internados. Si nadie nota que estoy cuerdo, mucho menos van a notar la mejoría de algún enfermo.

Esquizofrenia, puso Maximiliano en mi diagnóstico. Dr. Maximiliano Ríos, o Dr. Ríos a secas, así me dijo que tenía que llamarlo. Es médico psiquiatra, inventó algo sobre el pariente lejano de un amigo y me internó. Es una forma original de entrar en la clandestinidad. Es claro que los gobiernos, no importa cuáles sean, nunca buscan dentro de sí, nunca revuelven lo que tratan de ocultar de la sociedad. Como no lo hacen con las cárceles, lo que entra mejor que allí se quede y que nadie lo vea. Mucho menos a los locos, que bailan en el margen de la razón y hacen preguntas ilógicas. Y no entiende sobre la ley, son inmanejables.

Hoy a la mañana escuche a dos enfermeros. Uno le contaba que se habían llevado a su primo, que no lo volvieron a ver, que su hermano lo buscó y que por eso la otra tarde lo interceptó un patrullero y lo molió a palos. “nadie está tranquilo, en cualquier momento me voy a la mierda” remató el enfermero. Me sentí con suerte en ese momento, después sentí culpa, de entre las opciones elegí la de la locura diagnosticada, la locura normalizada, el camino del encierro.

Maximiliano sigue viniendo, después de dos meses de internación. Lo mejor son las entrevistas para analizar mis avances, para ver cómo sigue la supuesta enfermedad. En una de esos encuentros me explicó que era probable que me viera otro psiquiatra y tal vez una psicóloga, colegas suyos. Era la metodología del psiquiátrico, rotar los enfermos, diagnosticar y re diagnosticar, cambiar la medicación, recomendar, etc. Me dio algunas indicaciones sobre mi comportamiento, para poder seguir con la farsa. A los pocos días cayó un tipo y tuve que actuar, a pesar de mis nervios todo salió bien. Nuevas pastillas y dosis y listo.

A los remedios los escupo, obvio, aunque a veces el aburrimiento me hace probar alguno. Es una manera de escapar al tiempo.

Luego de seis meses, todo es rutina, ya no me asustan los médicos, las psicólogas o los enfermeros y enfermeras. Tampoco el resto de los internos, me da igual. Cumpló mi papel como el mejor actor de Hollywood, me río, juego con ellos, juego con los límites. Un día le dije a un doctor del loquero: *sabés a mí me persiguen los milicos, me quieren matar, yo militaba sabés*. Después me reí a carcajadas y le grite que tenía que dejarme salir. El tipo se limitó a anotar en su libretita y ya, como siempre. No me creyó, a nadie de afuera le interesa mucho eso de la verdad.

Ya van tres semanas que no sé nada del Dr. Ríos, me preocupó, pregunto por él, nadie sabe o nadie me dice nada.

Es interesante pensar de qué manera las cosas cambian en algunos lugares y en otros no. Los manicomios por ejemplo, parecen estar suspendidos en el tiempo, claro que ya no se usa la corriente, ni los baños helados, o la lobotomía. Pero yo recuerdo hace unos veinte años, haber visitado a una amiga de la familia en uno de estos lugares, en la capital. Ella tenía un alzhéimer muy avanzado y prematuro. La ley afuera de allí era otra, estaba eso de la democracia. Pero aquel loquero, era lo que es este, idéntico. A más de mil kilómetros y a veinte años, el nosocomio es lo mismo, sus reglas no se modificaron. Mientras, fuera de estas paredes, rige el terror, la persecución, la muerte y lo que es peor, la aceptación, la naturalización. El respeto por la ley vigente, los ciudadanos modelos. Otra clase de normalidad supongo. Nosotros los locos, seguiremos igual, igual de locos, igual de marginados. Los de afuera que empiecen a parecerse a nosotros, morirán, los encarcelaran, los doblegarán, hasta llevarlos a decir si. Pero otros sobrevivirán para vencer, para decirles a los ciudadanos que la ley puede cambiar. Los ciudadanos respetaran, la ley como se les ha enseñado. Temerán a los manicomios, a las cárceles, a todos los márgenes que les planteen dudas, que los desequilibren. Los locos seguiremos igual, dentro y fuera de un recinto.

No les digas nada a tus tíos es mejor para ellos. En todo caso deciles que se te complicó y que quizás tengas que irte de la ciudad. Eso me contesto Maxi friamente. Tenía razón. ¿Y a mis viejos, total ellos ni viven acá, o mi hermana o a algún primo? ¿A Gastón, que nos conoce a los dos y casi ni está, si viaja siempre por su laburo?

No, a nadie, no te conviene, total yo sé y cuando todo se calme te doy el alta, o cuando lo necesites. Si alguien más sabe lo pueden hacer hablar y ahí caemos los dos. Cuando insistí me dijo tajantemente que si quería que me ayudara esas eran las condiciones y que me dejara de joder. Eso hice.

Hoy es jueves, ya va a ser un año que estoy en este loquero, y muchos días, meses, que el Dr. Maxi, no viene.

Son las 10 de la mañana, la psicóloga me lleva al cuarto para el examen. *¿Y el Dr. Ríos?* Pregunto, no hay gesto ni palabra. La doctora de cabello atado y muy estirado, con lentes modernos y una cara ya sin percepción, se limita a acomodar sus papeles. *¿Y el Dr. Ríos?* repito, nada. *¿Dónde está Maximiliano Ríos?, cálmese, hoy yo tengo que examinarlo, quédese tranquilo así empezamos la sesión. No, donde está Ríos, donde está Maxi.* Al borde de la locura me extralimito. Pero con el susto la mujer no nota que dije Maxi. Solo sale corriendo y vuelve con el otro doctor a los diez minutos más o menos. *¿Y el Dr. Ríos?* Repito exaltado. *Siéntese.* Me dice el psiquiatra. *El doctor Ríos ya no lo va a poder atender, porque falleció, murió. ¿Entiende?* Claro doctor de cuarta, hasta los idiotas saben lo que es la muerte, hasta los animales la reconocen.

Golpe

Para algunos un recuerdo frío
para otros una herida caliente.

Para algunos, maquillaje sobre las cicatrices
para otros, sangre que fluye.

Para algunos un monumento silencioso
para otros, memoria activa.

Para algunos un acto que purga culpas
para otros el orgullo de la lucha.

Para algunos una frase hecha
para otros un grito que desgarrá.

Sofñar es obligatorio

Tengo un sueño recurrente: es de madrugada, me despierto con un ruido muy fuerte, apenas abro los ojos. Hay luz en la cocina; cuando la puerta se abre del todo alcanzo a ver a mi papá que arrastra la mesa hacia la puerta que da a afuera y una especie de alacena a la ventana. Mi mamá se lleva las manos a la cabeza repetidamente y se ve espantada, a mi papá no le veo la cara.

Ahora son muchos los ruidos que se escuchan, hay sirenas, estruendos, hay golpes a la puerta.

No sé en qué momento mi mamá me levanta bruscamente de la cama y me lleva a su habitación, yo no lloro. Abre la puerta de su placar, corre la ropa y abre otra puerta que yo ya conozco; me pone ahí dentro. Muchas veces jugamos a ese juego, me dice: - *“como siempre quedate quietito en silencio, hasta que yo te venga a buscar, ¿sí?”*. Me da un húmedo beso, me abraza y cierra todo.

El ruido se intensifica, ahora hay voces, hay gritos, se enciende la luz de la habitación, yo no hago ruido. Por una rendija se filtra algo de claridad y puedo ver parte de lo que ocurre. Igualmente es un sueño borroso e incompleto.

Delante del placar pasan botas, pisando muy fuerte, pateando, alguien abre el placar, pero no me encuentra. Sigo mudo, inmóvil. Más atrás esta mi papá de espaldas pero en un segundo se derrumba con un golpe en la cabeza con algo que parece una pistola, cae al suelo boca abajo y baña de sangre la alfombra y ya no se mueve. Mi mamá grita, yo también quiero hacerlo pero no puedo, estoy paralizado. Ella ataca a los hombres, la empujan tan fuerte que termina golpeándose contra el placard, de cara a la puerta y sosteniéndose apenas con sus manos, se desliza poco a poco hasta que llega a la altura de la rendija, me mira, veo su ojo que espía, veo su ojo líquido, su media mirada me dice muchas cosas que no logro traducir cuando despierto. Pero tiene una cruda satisfacción, sabe que no me van a encontrar. Su párpado parece cerrarse por última vez y por última vez veo su iris que se apaga.

Después todo desaparece, los ruidos, las botas, los golpes, la sangre no, desaparece mi papá y mi mamá, las sirenas vuelven a escucharse de vez en cuando.

Me quedo dormido en el placar y cuando despierto estoy en mi cama. Hace más de treinta años que sueño lo mismo y hace más de treinta años que despierto pensando que todo eso no ocurrió, que no fue cierto. Es un deseo, es una ilusión. Hace treinta años que me esfuerzo por recordar la cara de mi padre.

Asado con hueso (El efecto de los afectos)

Se paró frente a la parrilla. Era un domingo como los de antes, el sol buscaba su lugar en el centro del cielo, él observaba el fogón y los alrededores del camping, algo desorientado y dubitativo, con una mirada que oscilaba entre nostalgia y desconcierto. Llegaron sin aviso a su cabeza las palabras de Marcos cuando se encontraron en el centro y en la charla perdieron la noción del tiempo poniéndose al día con todo o con lo que se podía. Marcos le dijo “En esta vuelta el asadito lo haces vos eh”. Se rieron los dos y se despidieron. En ese momento era una frase tan común a la que no prestó mayor atención, no más de la que debía en cuanto a conseguirse los elementos, cuchillo, tabla para cortar y demás. Pero ahora frente a frente con la parrilla y en soledad, porque todavía no llegaban los amigos y las familias, la cosa cambiaba. La escena y las palabras en combinación le causaron un derrumbe de sus emociones, todas contenidas hasta ese momento, todos los recuerdos se hicieron presentes y se colaron entre la leña y el carbón. Pero por sobre todo volvió un recuerdo más nítido, que lo había acompañado los últimos siete años en el exilio. Ese recuerdo era exactamente igual al encuentro con Marcos de tres días atrás. Solo que no era Marcos, era Julián y había sucedido apenas unas horas antes que lo mataran. Después de tomar un café en el bar de siempre y arreglar un encuentro para el domingo, Julián le dijo “Bueno pero esta vuelta el asadito lo haces vos”. Salieron del bar se despidieron y cuando Julián dio vuelta la esquina lo estaban esperando, sorprendido como estaba se acercó con un gesto amable, que era característico en él y quiso sacar los documentos. Pero no lo dejaron.

Esa vez asintió con la cabeza pero nunca pudo cumplir con lo del asado, porque nunca más vio a Julián y porque esa noche lo llamaron por teléfono y a la mañana siguiente ya iniciaba los preparativos para viajar a Europa, al tiempo que cambió de casa y fue a alojarse a lo de un pariente lejano. Jamás hubiera creído que le costaría tanto tomar decisiones para hacer un asado, pero los años de ausencia borraron muchas cosas y aunque los deseos se plantan en el alma, parece que el tiempo los convierte en una impronta y luego ya no sirven más que para recordarlos.

Buscó los fósforos en una caja, encendedor ya no tenía por qué había dejado de fumar. Cuando su mujer le preguntó por qué, solo contestó que ya no le sentía sabor y el humo en Francia no queda sostenido en el aire; ninguna explicación con mucho sentido. Se había casado en Francia pero su mujer era una uruguaya que había conocido allá a través de un compañero de trabajo. – “Oye tío conozco una argentinita como tú para presentarte”; le dijo el gallego una tarde que lo encontró muy deprimido y, aunque no tenían demasiada relación, quizás se sintió identificado, ya que, por motivos muy diferentes, al gallego también de muy joven le había tocado dejar a la familia y a los amigos en su patria. Claro que la argentinita resultó ser de Colonia pero esas no son diferencias que tengan alguna importancia en la distancia.

Hizo un montoncito con maderitas pequeñas y abolló una hoja de diario que puso debajo, tuvo que hacer dos intentos hasta que el fuego comenzó a crecer. El primer humo que se elevó le llegó a la nariz y como un vaso de agua en un día de calor refrescó toda su mente. Le fue agregando de a una la leña más grande y el rito tomaba el ritmo habitual. Se sentía ahora más seguro y se daba cuenta que llevaba desaparecido muchos años el asado en su vida. No es lo mismo carne asada que “el asado”, ese que se acompaña alternando mate y vino, el que se hace despacito, en el que se van sumando de a poco los comensales que apuran la cocción con los ojos mientras se charla y se hacen los clásicos chistes de rigor.

En eso llegaron Lorenzo y Javier cada uno con una botella de tinto y chorizos, los abrazos fueron tan eternos como necesitaban. Lorenzo se alejó para buscar hielo y Javier se quedó analizando el avance del asado y calculando en su mente lo que faltaba para comer, a la vez que no tardó en hacerle notar que ese día no solo Julián iba a faltar, tampoco estarían Cecilia, la novia de Lorenzo y Melina, su gran amiga, que pronto se había hecho del grupo como una más.

Después volvieron a reunirse los tres alrededor del fuego. – dale metele el carbón “Pelado”, que se te consume el fuego. Sabias palabras de asador con las manos en los bolsillos. Él se sonrió y tomó la sugerencia; sin abrir la bolsa de papel la puso sobre las llamas y enseguida pequeños papelitos incandescentes volaban por sobre las cabezas. Los tres echaron un suspiro apenas perceptible y coordinadamente se miraron a los ojos. Había de todo en esas caras, bronca, tristeza que se mezclaba con cierta alegría y que se desvanecía con una especie de vergüenza. ¿Pero de qué? ¿De estar vivos? ¿Qué más se le puede pedir a un puñado de ideales de veintiún años?

El carbón ya estaba ardiendo, la vista fija en el rojo vivo. Javier abrió sin preguntar una botella, sirvió los tres vasos y le dio un sorbo largo al suyo. El silencio se mantuvo hasta que llegaron en el auto de Alberto los hermanos Fernández y Miguelito. – ¡¿Qué hacen mangas de vagos?! Gritó Alberto apenas bajó del auto, con la misma cara y el mismo tono de voz pero con casi nada de pelo, era el mismo, hasta la ropa parecía la misma. Los Fernández callados como siempre pero de fierro; nunca dejaron de apoyar la lucha contra tanta injusticia, muy cautelosos eso sí, para algunos demasiado.

Se abrió otra botella y el vino corrió rápido, todos se arrimaban bancos y troncos para hacerse de un asiento. Miguelito fiel a su costumbre se preparó un mate. – Flor de reo sos vos, lo pinchaba Lorenzo, amargo como tu Racing. – cállate rojo si ustedes hace años que no salen de perdedores.

Las conversaciones de asado son así, son livianas, son relajadas, son conversaciones para pasar el rato y aprovechar otra cosa, ese “no sé qué”, que buscan los argentinos.

Él se apartó un poco con la excusa de buscar algo para su quehacer. En eso vio que llegaba su mujer con sus dos hijos. El más grande caminaba de mal humor arrastrando los pies (no era de extrañar), pero el chiquitín corrió apenas

divisó a su papá y en apurada carrera tropezó con una piedra y se revolcó por el suelo raspándose rodillas y cara; era una sola lágrima de tierra y sangre. Pero la caída no fue nada grave y solo provocó algo de sonrisas entre los mayores. Pronto todos continuaron con los saludos y los abrazos.

No tardaron en llegar las demás mujeres, todos estaban casados y con hijos, salvo Miguelito, un solterón empedernido y convencido de su excelente condición.

Era un día precioso, los pibes de todas las edades pateaban, saltaban y gritaban,. Los adultos, vueltos adolescentes tardíos picaban queso, salami y papitas, mientras mateaban o seguían con el tinto en la mano. A él le costaba distraerse y sumarse a la algarabía general, los sentía cerca de nuevo pero aunque ponían mucho empeño, no eran los mismos, solo trataban de construir la trama faltante, de armarse desde abajo como los buenos equipos, colocar las piezas de ese rompecabezas lineal, de rescatar los adolescentes desaparecidos en el exilio. La verdad es que lo hacían bien, como se deben tratar esas cuestiones de la memoria y la reconstrucción, lo hacían desde lo cotidiano, desde las costumbres, las pérdidas en el extranjero o en el mismo país, que sin los amigos y la familia ya no eran costumbres, eran rutina.

Ya era la una y media cuando el asado estuvo listo, se prepararon las ensaladas y se puso la mesa (hubo que traer unos caballetes y un tablón porque no alcanzaba la que estaba.)

Ahí estaban casi todos comiendo y bebiendo, era también el momento de las anécdotas y las risas. Por un momento se olvidaron de quienes habían sido forzados a ser, tanto los que se quedaron como los que no, y por un momento fueron lo que debieron haber sido.

Dicen que las heridas que más duelen son las que no pueden verse. ¿Cómo se cura una herida que no se ve? ¿A dónde se le llevan flores a un desaparecido? ¿Cómo se curan las torturas del exilio, en qué parte del cuerpo están las marcas?

El destierro desde la antigüedad es el castigo más cruel, porque no se acaba regresando, porque la identidad está partida al menos en dos partes.

En un rincón se podía ver a la mujer de él, a la que le había quedado el apodo de "argentinita" y la mujer de Lorenzo. Las dos tomadas de la mano sentadas frente a frente hablaban despacio pero muy enérgicamente. Era preciso también verse al espejo con el otro y comparar vivencias y darse cuenta que todo ese tiempo en un mundo paralelo otra persona vivía lo mismo y entonces en ese único instante algo de esa soledad se encoge.

Después del asado por supuesto llegó el futbol, el infaltable picadito. A pesar de los traguitos de más y la panza más que llena, todos los muchachos se fueron a la cancha. Con poco césped pero un campo respetable, con buenos arcos y bastante parejo, como para jugar de seis y seis.

Él los miró a todos, uno que elongaba, otro al trotecito, alguno acudiendo todavía al ritual del vendaje y las pomadas. Pero la mayoría de esas escenas eran imágenes que habían quedado fotografiadas en la mente de cada uno y

cada uno trataba de duplicarla tal como en aquellos tiempos; hasta “el chino” hizo la proeza de ponerse la misma camiseta que usaba cuando se juntaban para el papi de los sábados. Le quedaba apretada como si se hubiera puesto una manga; incluso tuvo la osadía de hacer lo mismo con el pantaloncito pero eso no solo era imposible, era un atentado a la estética.

A él le llamo la atención que guardara toda esa ropa, amén del espectáculo ridículo y gracioso, le pareció un desesperado intento por recuperar el tiempo o de pensar que no se había perdido y que se estaba allí, con veintipico de años, con aire en los pulmones, con sangre hirviendo en las venas y con el grito en la garganta siempre preparado, listo para vociferar lo que sea. Pero ya no eran los atletas de antes, si es que lo fueron alguna vez, ahora la panza que asomaba entre la remera que quedaba corta y el pantalón, formaba como un ojo, dándole cierto realismo la remera haciendo de párpado que sube y baja en cada movimiento. Quizás en esencia el futbol y ellos eran todavía lo mismo, hasta armaron los mismos equipos, con las ausencias claro. Puestos que ya no se iban a ocupar, balones perdidos por el lateral donde corría Julián, la falta de marca del “flaco” Ramírez y otros tantos que sacaron fuera de la cancha sin justicia ni razón. Bueno, de alguna manera todos estaban ahí sea de pie o sea en el alma de cada uno, sea porque todos tenía la sensación que faltaba gente para completar los equipos y sin darse cuenta miraban al costado, miraban atrás buscando a quien no estaba. Como cuando en aquellos tiempos se hacía la hora y no completaban y puteaban contra los que no avisaban o los que llegaban tarde.

Ahora la sensación era la misma, porque en la mente de él y la de ellos, cuando tocaran la pelota y trataran de llevarla de un lado a otro pegada al pie o largándola un poco, estaría la idea de pasársela a ese entrañable compañero que no pudo llegar a este partido. Porque en el esquema de juego de los amigos, el tres es Marcelo y nadie más, el arquero es Alejandro y si no están no se reemplazan y duelen como duele la pierna amputada. Cualquier cosa que se ponga en su lugar será de palo o de titanio en el mejor de los casos; apenas un placebo. Es el efecto que provocan los afectos.

Mucho se podría decir de ese gran acontecimiento, de las palabras, de los cuerpos, ¿y las miradas? Las miradas bueno, cuando estas eran para la cancha, el brillo era el mismo que hace años, pero cuando se iban detrás de la línea donde las mujeres charlaban y se adivinaba su conversación y los chicos corrían detrás de los árboles, los ojos se volvían sombras aguadas, nostálgicos, pero todos diferentes. Él un día cuando tenía unos doce años le preguntó a su tío, quien sabe a título de que –“¿Tío por qué no todas las miradas son iguales?” –“Porque no todos los ojos han visto lo mismo” le contestó. En ese momento por la simpleza, sus palabras le parecieron pobres y vacías, pero hoy completaban la comprensión de la tarde.

Ahí estaban entonces, contra todo pronóstico los equipos rearmados y listos para empezar el partido, cada uno en su posición, trotecitos cortos en el lugar, manos en la cintura, o atándose los cordones. Él los volvió a mirar a todos

uno por uno, se irguió y consiguió sonreír. Desde el centro de la cancha alguien preguntó ¿listo? ¿Arrancamos? Las cabezas asintieron y el botín golpeó la pelota dando el pase inicial.

Frasechas

¡Qué se vayan todos!
¿Dónde está Julio López?
Aparición con vida de X
Fuentealba presente
Con los chicos no
Justicia por X
Nunca más
Ni una menos
No se olviden de Cabezas
Todos somos X

(Vaya a dormir tranquilo o tranquila
ya declamó algunas frasechas)

No se olviden dónde está Julio López
Ni una aparición menos
Presente X Ausente
¿Dónde están las cabezas?
Con Fuentealba los chicos.
No justicia por.

Todos Somos los que se vayan
Todos somos todos
Todos somos X
X es todos
Hay que despejar X
Nunca más X

A modos de epilogo

Estos textos, que se fueron construyendo a lo largo de varios años, (algunos de ellos ya publicados) pretenden ser un aporte literario, consciente que las palabras son necesarias pero no suficientes, que coadyuve, aunque sea mínimamente, a desanclar el pasado para que sea parte de nuestro presente. Para seguir pensándonos 40 años después. Para que nos ayude a comprender, analizar, reflexionar, criticar y actuar en consecuencia sobre nuestra realidad actual.

Para desnaturalizar el accionar de un sistema con sus mecanismos de sometimiento y de empobrecimiento, en el sentido más amplio de la palabra. Es necesario luchar para que no se clausure el pasado, ni se lo coloque como mero monumento, ni permitir la unificación de la memoria y lograr a través de la complejidad misma de los discursos, salir del facilismo de las frases hechas, las consignas o los aforismos.

Ezequiel M